

MANUEL AGUSTÍN LANDÍVAR ULLAURI

Para afirmación de quienes le conocimos y enseñanza e imagen de los más jóvenes, Manuel Agustín Landívar Ullauri se eleva entre los grandes estudiosos del folclore y la cultura popular que valoraron, como el patrimonio más importante de la Nación, al hombre de nuestra tierra. Para él, investigar, fue la forma en que satisfizo su curiosidad innata por entender los entresijos de la naturaleza, del conocimiento y de la sociedad.

Es de justicia que, en esta revista, se deje constancia, aunque en forma somera, de lo que fue la vida de un ser humano, de un ecuatoriano, de un cuencano enamorado de su terruño y de su cultura. Es importante que no exista olvido para los esfuerzos, dificultades y desvelos que tuvo que vencer en su tiempo, para que hoy sea una realidad su anhelo.



Entre las importantes figuras con las que cuenta la historia de Cuenca, la del Dr. Manuel Agustín Landívar Ullauri ocupa sitio relevante por lo polifacética de su labor pionera y lo significativo de los logros alcanzados. Médico humanitario y humanista; infatigable investigador de la antropología, historia, arqueología, etnografía y del folclore que, en su empeño por desentrañar los secretos de tales disciplinas, se adiestró como paleógrafo e incursionó en la fotografía, la genealogía y la toma de documentos sonoros;

para esto último, un magnetófono fue el compañero inseparable de su quehacer investigativo.

Pretender, en un pequeño artículo, efectuar el recuento de la intensa labor cumplida, resulta empeño más que difícil. Para afirmación de quienes le conocimos y enseñanza e imagen de los más jóvenes, Manuel Agustín Landívar se eleva entre los grandes estudiosos del folclore y la cultura popular que valoraron, como el patrimonio más importante de la Nación, al hombre de nuestra tierra. Para él,

investigar, fue la forma en que satisfizo su curiosidad innata por entender los entresijos de la naturaleza, del conocimiento y de la sociedad.

Fue el primero de seis hermanos del hogar conformado por el Dr. Agustín Landívar Vintimilla y Doña Virginia Ullauri Romero. En la escuela y colegio se destacó como el mejor alumno de la respectiva promoción. La Universidad de Cuenca, en la cual se recibió como médico cirujano, le galardonó con el premio Benigno Malo, la más alta condecoración que se otorga al mejor egresado de una carrera profesional. En el año 1946, aún estudiante, contrae matrimonio con doña Olga Heredia Barzallo, dama con la que procreó a sus siete hijos.

Como Médico

Contribuyó, con su tesis doctoral, al reconocimiento y diagnóstico de enfermedades, como el tifus exantemático, mediante la fórmula de su autoría, denominada “Formofloculación de Landívar”, que tuvo amplio

reconocimiento a niveles nacional e internacional.

Sus experimentos y trabajos de carácter científico y técnico los cumplió tanto en su laboratorio particular, cuanto en el que disponía como jefe de laboratorios del Hospital Militar Territorial de Cuenca. En el afán de fortalecer cada vez sus conocimientos se propuso estudiar en la Universidad de Guayaquil la especialidad de Tisioneumología, que le permitió servir por más de 30 años en la “Liga Ecuatoriana Antituberculosa” (LEA).

En general, el resultado de estudios empíricos y científicos que efectuara en diferentes campos a través de su ejercicio profesional, fueron acogidos académicamente y recogidas en publicaciones como: “La Melanoflocides de Henry y la Prueba del Agua como Método de Diagnóstico del Tifus Exantemático”, “Nuevo Método de Diagnóstico del Tifus Exantemático”, “Infección Tuberculosa en el Azuay”, “Glucemia”, “Bilirrubina”, “Índice de Infección Tuberculosa y Vacunación con

BCG”, “Reacción Tuberculínica, Paragonimiasis y Mal de Pinto en el Valle de Yunguilla”, “Blas-tomicosis Sudamericana”; todas éstas, referidas a enfermedades poco estudiadas y sumamente temidas por el peligro de consti-tuirse en epidemias cuya curación, sobre todo de pacientes en estado avanzado, fue muy limitada para esa época.

Contribuyó a la historia de la medicina con los estudios: “Hos-pitales de Caridad en Cuenca y su Provincia en la Época de la Colonia y Comienzos de la República” “La Lepra en el Azuay”, “Espejo y su Tiempo: Memorias sobre el corte de Quinas”, así como también con temas relacionados a la medicina popular aborigen. La Sociedad de Historia de la Medicina, Capítulo del Azuay, contó con el Dr. Lan-dívar Ullauri, como uno de sus socios fundadores, 1976.

Su mística de servicio hu-manitario y desinteresado, la proyectó con fuerza desde la Cruz Roja Provincial del Azuay, en donde colaboró por más de 30 años. Fue el primer vicepresidente de esa noble institución y ejerció

la Tesorería, hasta el día de su fallecimiento.

Como Antropólogo: Etnografo, Folclorista y Arqueólogo.

A la Antropología, Etnogra-fía, Folclor y Arqueología, se las considera actualmente como ciencias con ámbitos de estudio definidos. El mérito de Agustín Landívar, está en su polifacético accionar que le permitió incursio-nar en todas ellas: la **Antropolo-gía** o ciencia general del hombre, como la encargada de estudiar, interpretar y obtener conclusiones globales y generalizadas sobre un conjunto de hechos sociocul-turales; el **Folclore** identificado con las costumbres tradicionales en el seno de una sociedad; la **Etnografía** que registra y des-cribe hechos socioculturales y la **Arqueología**, que nos da cuenta de las sociedades a través de sus restos materiales. Pero quizá lo más importante es que la obra de Landívar alberga tópicos de las disciplinas antes mencionadas cuando en Cuenca de los años 50 y 60 del pasado siglo, resultaba extraño, por decir lo menos, que

alguien se dedique a fotografiar, apuntar, grabar y escribir sobre las manifestaciones culturales del pueblo y más aún, luchar en contra de la tendencia a derruir edificios antiguos, representativos de nuestra historia arquitectónica.

Eran tiempos, al menos en nuestros país y ciudad en los que la recolección y estudio de datos sobre las costumbres populares carecían de interés para el “hombre educado”; pues a la sazón de los años de la referencia, ni siquiera se hablaba de cultura popular, peor reconocerla como parte de la cultura de una sociedad. Dicha cultura era pertenencia exclusiva de grupos relegados y por tanto ajenos al conjunto de costumbres y modos de vida que daban valor al sistema sustentado por los grupos de poder.

Motivado por un interés que fue compartido con algunos amigos, funda en 1966 la Sección de Antropología y Arqueología de la Casa de la Cultura, Núcleo del Azuay, de la cual fue su presidente por varios años.

A principios del año 1970

participó en las excavaciones de Los Molinos de Todos Santos y suscribió, entre otros, el “Informe Preliminar de la Comisión de las Ruinas de Todos Santos”; monumento convertido ahora en el museo de sitio que lleva su nombre; mismo que tiene trascendente importancia por ser testigo de un pasado inmemorial y albergar restos de la culturas cañari e inca y de los periodos colonial y republicano. Igualmente, en su calidad de miembro de la “Comisión del Castillo de Ingapirca”, apoyó las excavaciones y trámites para la consolidación de ese sitio arqueológico, que tuvo la dirección de Hernán Crespo Toral, otro apasionado por la antropología cultural.

Autodidacta de la arqueología, le entusiasmaba coleccionar, comparar y describir fragmentos de cerámica y piezas de sitios tales como Uzhupud, Challuabamba, Narrío, Tacalzhapa, Cazhaloma y relataba con amenidad y sutil imaginación lo que a su juicio debió ser la vida de la gente que habitó aquellos sitios.

Convencido de que, para una correcta interpretación de

la Historia, era indispensable un cabal conocimiento de sus fuentes, incursionó también en la Paleografía, que le facilitó transcribir documentos del Archivo Histórico del Cabildo, del Fondo de Capitulares, de algunas bibliotecas privadas y de piezas ofrecidas por coleccionistas y anticuarios, que fueron fundamento para sus investigaciones publicadas e inéditas.

Su amistad con Paulo de Carvalho Neto, folclorista brasileño, autor de muchos trabajos relacionados con el folclor ecuatoriano y creador de una metodología innovadora para el estudio de las manifestaciones de la cultura popular, fue el móvil para que, conjuntamente con Carlos Ramírez Salcedo, funden en el año 1967 el “Instituto Azuayo de Folclore”

Su pasión por el pasado y el interés que mantuvo por la investigación de ritos religiosos y profanos, mitos y leyendas, hizo que tomara participación activa en las celebraciones populares efectuadas en varios lugares del país y se introdujera en el campo de la Etnografía.

El calendario religioso, fue el vademécum que le servía para ordenar su visita a los distintos pueblos, solo o acompañado por alguno de sus hijos. Gracias a ello, estuvo siempre a tiempo en la fiesta de los Toros de Girón; en la Octava de Corpus de Turi; en el festejo al Patrón Santiago de Gualaceo; en los Pases del Niño, etc., indagando sobre el origen de cada celebración, el papel de cada participante y el porqué de su vestimenta, la razón de su aderezo y el significado del adorno; la calidad y componentes de la comida y bebida a brindarse; así como entender en detalle lo expresivo y elocuente de la contradanza, la música y determinado acto. Todo este material informativo, lo registraba minuciosamente en su magnetófono, en su cámara fotográfica y en sus cuadernos de bolsillo.

Inmenso valor histórico y folclórico, posee el material audiofónico, de más o menos 30 horas de duración, sobre música, sonidos y expresiones referentes a la memoria colectiva ancestral, ya desaparecida, que recogiera Landívar y que pudo ser recuperada de su pequeña grabadora

personal gracias al apoyo que, para el efecto, brindaron la Casa de la Cultura Núcleo del Azuay y el Departamento de Cultura del Banco Central. Esta información, que va acompañada de fotografías y notas, constituye un documento valioso que acrecenta nuestro acervo cultural.

El deseo de compartir sus lecturas y aquello que veía y escuchaba, le encaminó a publicar un sinnúmero de artículos referentes a temática como: “El Septenario una Fiesta Tradicional de Cuenca”, “Octava de Corpus en Turi”, “Fiesta del Señor de Pomasqui de Challuabamba”, “Fiesta de San Pedro de Sayausí” “Fiesta de la Inmaculada Concepción en Uzhupud” “Contribución a Mitos y Leyendas en el Azuay y Cañar”, “Pan Panaderías y Sistoplásticas en la Ciudad de Cuenca”, “Contribución al Folklore poético del Azuay”, “Fiesta del señor de las Aguas en Girón” “Contribución al Folklore Musical en el Azuay y Cañar”, “Fiesta de Navidad”, “Música Folklórica y Popular” y otras tantas que aún se mantienen sin publicación.

Como defensor del Patrimonio Artístico y Cultural.

Si el Patrimonio Cultural, tal cual se define actualmente, está constituido por el conjunto de bienes materiales –tangibles- o inmateriales –intangibles-, que por su propio valor, deben ser considerados de interés relevante para la permanencia de la identidad y la cultura de un pueblo, es justo reconocer en Agustín Landívar a un visionario, dada su inquebrantable lucha por la protección y rescate de edificios y “casas viejas” que ahora, bajo la nueva concepción urbanística son respetadas. En este sentido fue un adelantado para su época; pues supo dimensionar la importancia de defender el patrimonio como elemento que sustenta la identidad de una Nación.

Eduardo Sánchez Sánchez en su artículo del Diario El Mercurio “Un Valioso Cuencano” escribe “... *Era frecuente su preocupación por conservar el tesoro arquitectónico de la hoy Ciudad Patrimonial de la Humanidad, pues me recuerdo haberlo visto de manera personal y apasionado*

como en muchas de sus gestiones, defendiendo las construcciones viejas y coloniales que permanecían de pie en aquellos días en que la fiebre del modernismo sumada a una costra de desconocimiento “por lo menos”, procedía con el derrocamiento de viejas edificaciones como fueron la Gobernación del Azuay y la casa de Tierra Santa construcción ésta última del siglo XVIII, actos dados bajo decreto del Consejo Supremo de Gobierno de aquellos años.”

Efectivamente, era frecuente verle caminar por las calles de Cuenca, registrando características de las iglesias, parques y casas viejas, registros a los que acompañaba una exhaustiva investigación de archivo, fuente de los datos que le permitían fundamentar las razones para que sean conservadas. Hoy Cuenca ostenta el título de Ciudad Patrimonial, precisamente por haber logrado mantener su memoria cultural, urbanística y arquitectónica, que como se ha manifestado, contó con el aporte inicial de Manuel Agustín Landívar.

Como miembro activo de

“Patrimonio Artístico y Cultural de la Región”, organismo creado en 1970 y del que fue su primer Subdirector, se comprometió también con el levantamiento del inventario de arte religioso y promovió la primera intervención emergente en la iglesia de Susudel, anejo del cantón Cuenca.

Al conmemorar 30 años del fallecimiento de tan destacado intelectual, la Universidad del Azuay, el Instituto Nacional de Patrimonio Cultural (INPC) y La Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay han comprometido la publicación de sus “Obras Completas”, que contendrá 45 artículos en 1.300 páginas.

Es de justicia que, en esta revista, se deje constancia, aunque en forma somera, de lo que fue la vida de un ser humano, de un ecuatoriano, de un cuencano, enamorado de su terruño y de su cultura. Es importante que no exista olvido para los esfuerzos, dificultades y desvelos que tuvo que vencer en su tiempo, para que hoy sea una realidad su anhelo. ■